



## La Furia del Dios (Lo Divino, lo Demoníaco y el Mal como Fantasmagorías)

Jose Luis Cardero Lopez

*...ce dieu que j'ai créé  
était oeuvre humaine et folie humaine,  
comme sont tous les dieux...*

(F. Nietzsche: *Zarathoustra*)

### Lo Divino y Lo Demoníaco en un Espejo.

La comprobación de lo auténtico del mundo suele ser una experiencia traumática, no tanto por la desesperanza como –precisamente– por la “esperanza en sí”, que es una forma de la esperanza fallida en su naturaleza, o diciéndolo de manera más sofisticada, en su presuntamente natural devenir. Así, la consecuencia de dicha comprobación se parece mucho a lo que ocurre cuando llegamos al conocimiento cierto de que existe un tremendo abismo bajo nuestros pies, por más que nosotros consideremos la fragil tela de araña que nos sostiene como si fuera una invulnerable y garantizada red de acero. El resultado será precisamente aquél que tarde o temprano habrá de producirse y nadie debería sorprenderse por ello: el miedo, bajo el disfraz de lo divino, de lo demoníaco, o de ambos.

Ya hemos considerado el miedo del dios como una proyección más de nosotros mismos hacia el vacío que nos rodea, una vez que el proceso de individuación ha comenzado a cristalizar <sup>1</sup>. Nuestro miedo es el único argumento que puede utilizar el dios para probar su existencia más allá de nosotros mismos, pero muchas veces no es eso lo único que podemos esperar de esa fantasmagoría trazada a fuego en nuestra mente en el mismo comienzo de los tiempos. Desde ese espejo negro, donde moran los fantasmas del ser, llegarán muchas sacudidas que pueden hacernos temblar, en la creencia de que son enviadas por entidades ignoradas y temibles: los monstruos del ser-en-el-espejo (Lovecraft diría: “los que moran en la oscuridad... y aún más allá de la oscuridad, en el pozo del Principio, donde hasta la misma Muerte puede morir”).

Pero el miedo que nos inspiran –y que, en verdad, es capaz de paralizarnos– es todo lo que pueden contra nosotros esos a los que llamamos dioses, o su figura suprema, aquella en la que todos ellos se concentran y funden finalmente, es decir, el dios. Sólo son vanas muecas urdidas desde el fondo de esa superficie de reflejos y luces. Tan vanas son que terminan por convertirse en furia. Y esa furia viene a ser, finalmente, una confesión cierta y palpable de su incapacidad fundamental, de su “no-poder llegar” al otro lado, hasta nosotros, más que a través de nosotros mismos.

<sup>1</sup> En un trabajo anterior: “El miedo del dios”. A Parte Rei número 31, enero 2004.

El problema no solo se manifiesta en el dios con sus muecas estériles, sino también en los personajes de los que el dios se sirve: esos “envenenadores” de los que habla Nietzsche- que pretenden hacernos subir de rodillas las escaleras por las que se accede al santuario del dios<sup>2</sup>. Aquellos sectarios se visten con trajes a los que atribuyen una representación, un poder que, sin nuestro consentimiento, no tiene sentido alguno. Los sacerdotes del dios son también portadores de su furia, es decir, de una furia que es empujada por nosotros hacia la noche y que nos es devuelta por los monstruos del ser-en-el-espejo. Nos envuelven así con una desesperación propia de fantasmas y por fantasmas vivida en un abismo vacío.

En cualquier caso la condición de ser-en-el-espejo no es motivo para la negación de existencia, sobre todo si el existir no deja de aparecérsenos como una expresión de realidad. La realidad misma es una manera de sobresalir del abismo vacío, incluso a modo de mueca, torbellino, tormenta o cualquier otra manifestación del ser como tal, como fenómeno constatable, acreditable tal vez solo en un campo o zona perturbada constituida aquí de alguna forma semejante a lo indicado por Maxwell en el ámbito de la realidad física<sup>3</sup>.

Junto al miedo y a la furia casi siempre se aparece el Mal. Son extraños compañeros de viaje, porque resulta verdaderamente difícil identificar en el Mal la doble cara de lo divino y de lo demoníaco que sin duda allí permanecen. Arthur Machen lo expone de manera magistral en textos como *The great god Pan* o *The white people*: “El Mal... es totalmente positivo, sólo que está del lado que no debe estar... No comprendemos su naturaleza real... La sobreestimamos y la subestimamos al mismo tiempo...”<sup>4</sup> En la mitología, esa cualidad alternativa se muestra en muchas imágenes, signos y símbolos: dioses y personajes ambivalentes, guardianes de encrucijadas ante las que es necesario tomar una decisión (por aquí o por allá), seres formados por partes contradictorias, antagónicas, etc.. La propia señal de la cruz con la que se santiguan los sectarios de cierta religión (aunque ese signo no sea exclusivo de ella<sup>5</sup>) no deja de ser una manifestación más –encubierta por el mito- de esa reunión de posibilidades que permanecen dispuestas para actuar ante el alma expectante.

Nos encontramos siempre frente al espejo, deseando traspasar su frontera brillante y temerosa, pero sin atrevernos a dar el gran salto. Allá, en el fondo, se encuentran los reflejos siempre cambiantes de la *gran realidad* –el gran dios Pan- confundiendo y confundiéndonos en su torbellino. Lo divino y lo demoníaco se intercambian en el giro de esa inconmensurable galaxia, pero a nosotros nos han enseñado desde muy pronto a dividir y a esquematizar, a clasificar rigurosamente los sentimientos que proyectamos hacia ese universo negro que al mismo tiempo nos rechaza y nos atrae, porque en verdad es una creación nuestra. El espejo en que se contienen lo divino y lo demoníaco no es más –a este lado de la realidad- que la representación ambigua de nuestra capacidad para asimilar lo inasimilable a través del

<sup>2</sup> F. NIETZSCHE: “Os conjuro, hermanos, ¡permaneced fieles a la tierra, no creais a los que os hablan de esperanzas supraterrenas! Son envenenadores, lo oculten o no...” Also sprach Zarathustra (Así hablaba Zarathustra)

<sup>3</sup> Es decir, como “negación” – o tal vez, superación- del concepto de partícula, que en este caso sería la “partícula-ser”. Ver lo que dice A. Einstein en “La influencia de Maxwell en la evolución de la idea de la realidad física”. En “J.C. Maxwell: A Commemorative Volume”, Cambridge University Press, 1931

<sup>4</sup> Hay una buena presentación en castellano de estos textos: *Antología de cuentos de terror, tomo 3. De Arthur Machen a H.P. Lovecraft*. Alianza Editorial, Madrid, 1988. Aunque no me agrada la inclusión de tales textos en “antologías” y menos en las de “cuentos de terror”. En mi modesta opinión deberían integrarse con pleno derecho en el campo de la filosofía en sentido amplio. Nietzsche, por ejemplo, está muy cercano a estos conceptos expresados por Machen, en algunas de sus obras.

<sup>5</sup> Véase R. GUENON, El simbolismo de la cruz.

mito, de la herramienta internalizada del ritual y de nuestra in-capacidad para reflexionar abiertamente sobre ello.

Pero la presentación de lo divino y lo demoníaco como torbellino es bastante más que una figura. Cuando Machen describe en *The great god Pan* la transformación experimentada por una criatura en la cual se encarna el Mal y señala la aparición sucesiva, en ese torbellino, de características humanas, animales y otras mutaciones de naturaleza desconocida cuyo carácter se oculta tras el “velo misericordioso de la ignorancia”, empujándose unas a otras hasta que todo el conjunto desaparece en el universo oscuro, hace algo que sobrepasa la simple descripción o el recurso narrativo justificador de una historia más o menos “siniestra”: nos muestra una de las posibles variaciones inherentes a las criaturas que moran al otro lado del espejo. Esas criaturas no son fijas y estáticas, tal como estamos acostumbrados a observar en nuestra parcela cotidiana de “realidad”, sino proteicas, multiformes, en radical, absoluta y permanente transformación. Por eso, el espejo que contiene lo divino y lo demoníaco es –para nosotros- una frontera, un borde, aun cuando su auténtica naturaleza sea más bien la de un ámbito pluridimensional del que únicamente nos llegan perspectivas planas, impuestas a nuestra percepción por la “misericordiosa ignorancia”.

### **El Fuego fatuo de lo Divino.**

La realidad es algo que imaginamos como permanente, como propio del estado de vigilia. “Esto es real”, afirmamos a los cuatro vientos, tratando de convencernos a nosotros mismos mediante el esperado convencimiento de otros. Sin embargo, aquello que cae un palmo más allá de ese pretendido afán por convencer, sigue siendo un páramo oscuro, apenas iluminado por gotas de niebla y de confusión. En ese ámbito mora lo “ajeno”, lo pretendidamente escaso y hueco de nosotros mismos. Ahí sobreviven nuestros fantasmas, hechos de medias verdades y de odiosos engaños.

Así, luchar contra lo ajeno viene a ser el mecanismo de nuestra propia confirmación como entes. Pero el camino hacia el ser será todavía más arduo y engañoso, porque desde el ente habrá de acaecer lo improbable de una definición y lo dudoso de una afirmación en el ámbito del mundo. Y ese camino está plagado de trampas, como los senderos de un laberinto antiguo al que se asoman caras extrañas, no siempre favorables. La realidad se vierte así como un fluido constantemente puesto a prueba. Nuestra educación –el proceso socializador- enseña en primer lugar a tomar ese fluir errático y sin límites por algo estable y en permanente referencia. Se dice que esa alucinación acrecienta nuestro bienestar, aunque verdaderamente solo sea un marchar sin tregua desde la oscuridad del principio hasta la cima del terminar-se. En el cielo de esta cavidad que nosotros mismos mudamos en palacio del ser, únicamente brillan las galaxias, pero sin constituirse en prueba segura de nada. Tal se presenta la paradoja esencial del brillo oscuro, del sol negro.

Lo divino es, por tanto, una chispa errática de la inseguridad que nos rodea, implacable. Un fuego fatuo que se reviste con el hábito del dios. La constancia del fuego fatuo de lo divino se alimenta, precisamente, de su contraste respecto al mundo encarnado en el sol negro.

Lo divino es fuego fatuo porque nace de la fatuidad de un ser que ha surgido –tal vez- para adueñarse del universo, pero que, en los tiempos que corren, ni siquiera es capaz de encontrar una explicación a su desesperanza. Todo es tensión entre esos dos polos del existir, el por qué y el para qué del ser. Nada puede explicarse sin recurrir a ese diferencial –llamémosle energético- que mora en regiones perturbadas del espacio-tiempo y que resulta de una confluencia tempestuosa del acontecer con el

desarrollarse el ser. La entropía de este universo cerrado sigue creciendo y haciendo imposible una salida que no sea el derrumbe y el acabamiento. Con cada fracaso se incrementa la ganga que impregna los engranajes de nuestra delicada maquinaria y hace más difícil su coordinación y su efecto esperado. Lo esperado pasa así veloz por el estadio de posible y se despeña en el abismo de lo que hay al otro lado. En cualquier caso, cabría –seguramente- obtener un resultado semejante con cualquier éxito. Solo que, durante un instante, obtendríamos junto al éxito, una leve esperanza de que algo comience a establecer su presencia como real.

Pero lo divino nos deslumbra precisamente en razón de su fatuidad, de su saberse pequeño y vicario del ser. Puede deslumbrar por motivo de su contraste y de su actuación en la zona perturbada construida por acción del sol negro. Lo más pequeño y necio actúa sin tener en cuenta su dimensión, porque aquí el resultante lo es con respecto al diferencial manifestado en el existir dinámico ocurrido en la zona perturbada. La zona perturbada es, así, razón del existir de lo divino fatuo. Esa es su dialéctica y su esperanza de ser asumido por nosotros como existencial.

¿Cómo se carga, cómo se llena de energía, de uso posible respecto al sol negro, lo divino?

El sol negro es un corolario de nuestro existir. Es algo que resulta inevitablemente del acaecer de múltiples existencias integradas. Es el resultado de un depósito de entropía que se suma al intercambio de circunstancias y acontecimientos del existir. El problema –para nosotros, y desde los primeros instantes en que se expande la esfera del ser- es el ámbito de desarrollo, ese abismo en el que se manifiesta, en el que danza el dios invocado por Nietzsche. Retrocedemos instintivamente ante el horror primordial que surge de él. Nada hay de planificado, ni de propósito, en ese apartarse. Pero el sol negro nos llama desde la profundidad y nos llama también desde nuestro primer dividirse para crecer. En el primer instante cronológico de la expansión de la esfera del ser, actúa ya el sol negro con su negación dialéctica de lo luminoso en la consideración del ser como existencial.

El sol negro induce en su propia esfera –en la esfera actuante de su ser- una zona perturbada, es decir, un territorio en el que nada, si no es el desplazarse, nos informa sobre nuestro posible destino. Cualquiera de nuestras actuaciones va a ser, precisamente, en razón de que el sol negro es; al tiempo de que el sol negro es, en razón de nuestro actuar. Esta ambivalente coherencia “retro-alimentativa”, es el mayor secreto de la existencia si se considera el acto de ser como existencial. Pocas veces se pone de manifiesto puntualmente y por ese motivo es sencillo olvidarse de la fuerza inconmensurable que yace en los cimientos del ser. La naturaleza de aquello que definimos como “real” y su profundo misterio, nos devuelven los ecos de ese conflicto primero.

Por ejemplo, cuando postulamos lo divino (bien, benéfico, benigno) frente a lo demoníaco (mal, maléfico, maligno). No lo hacemos, desde luego, frente al abismo, sino frente al espejo cuya dimensión oculta eso que tememos. El propio esfuerzo de presentar esa dualidad, pone en acción la diferencia de potencial manifestada por el desplazamiento frente al espejo que oculta el abismo. Resulta así que lo divino es considerado como un existir de algo que, verdaderamente, solo es un “representarse” ese algo. La energía absorbida por la fantasmagoría se toma como expresión de un ser que está más allá, no a semejanza nuestra, sino como si nosotros fuésemos a semejanza suya. La pequeña luz desprendida por tales piruetas toma la figura de un arcángel con espada llameante, quizá también la del *angelus* de Benjamín, arrastrado sin tregua y sin espada hacia la vorágine del Principio. Así parece –y aparece- **Quis ut Deus**.

## El Todo que envuelve y la Furia.

Quizá debiéramos postular el sol negro como *umwelt*, es decir, el todo, invisible que envuelve, pero que al tiempo es centro de perturbación y origen del gradiente que se ha manifestado en el desplazarse entre lo divino y lo demoníaco. Resulta importante localizar de alguna manera ese origen dentro del eterno *big-bang* que subyace y penetra a todo lo que, para nosotros, es. Pero el sol negro no es lo divino, ni tampoco es lo demoníaco, ni el mal, ni la furia, aun cuando residuos suyos se puedan encontrar en todo ello. Al tratarse de algo que –como la entropía termodinámica- es creado, pero no puede ser destruido, no sirven para explicarlo los patrones habituales. Tan solo es posible *sentirlo*, ahí, en el fondo de ese ámbito en el que se desenvuelven millones de coordinados actos de existir.

La única salida es la superación cataclísmica de todo el sistema. No es posible utilizar herramientas de restauración ni puestas a cero, porque, incluso así, solo conseguiríamos incrementar la entropía y ahogar más el futuro. No olvidemos que el tránsito desde un estado “A” hasta otro estado “B”, es un ir de aquí para allá, de este punto a este otro, de un moverse en el gradiente. En este sentido se impone la inmovilidad más que otra cosa cualquiera, aun cuando esa inmovilidad sea, en sí misma, un absurdo, un artefacto originador –el también- de entropía, de materia oscura, que alimenta el pozo sin fondo del sol negro.

La furia es un desplazarse, sí. Pero un desplazarse hacia el borde caótico que rodea la zona final, antes del cataclismo. Todas las organizaciones complejas contenidas en un universo cerrado caminan irremediabilmente hacia ese borde, mientras su organización interior se esclerotiza y se hace más rígida, más inalcanzable respecto a los cambios, que ya solo se pueden expresar mediante rupturas progresivamente radicales y violentas.

Es en este momento cuando el dios entra en crisis, consciente de su final, viéndose sumergido en ese caudal que se precipita en el abismo y sin poder librarse del fluido que lo arrastra hacia su desmoronamiento. La rigidez le afecta también, llegada hasta su ser a través de la proyección que ha sido su fuente primera. Entonces aparece la furia como un “resistirse a”, como un intento para establecer una existencia mantenida entre paréntesis. La celeridad se transforma en una excusa prevista en el “no dejar de ser”, en el evitar ese rincón temeroso del “no ser ya más”, escalón último, anterior al gran salto hacia lo inimaginable.

La furia del dios se desarrolla aquí como una reacción contra el todo, invisible que envuelve, que rodea, que hace inerte su hueca amenaza, como el rictus de una vieja calavera que se deshace en polvo. Estamos ahora ante la puerta del Principio y vamos a traspasarla con tanta mayor esperanza, cuanto mayor sea lo desasistido de nuestro ser, nuestro alejar-nos de todo fundamento y principio establecido para su articulación, cuanto mayor sea el desdibujarse de ese ser que permanece indeciso frente a la frontera del espejo.

La furia del dios nos acompaña en nuestro tránsito hacia el borde oscuro. Pero al otro lado de esa frontera, ya ha perdido todo su presunto poder e incluso ha desaparecido de ella todo contenido amenazante. Se transforma entonces en celeridad, que en el acaecer de ese paso es una huida y también una voluntad de olvido.

Postulando el sol negro como *umwelt*, manifestamos algo que ya ha dejado de ser una simple construcción simbólica. Estamos ahora en el reino de la sombra, en el lado *malo* de la realidad, en compañía de rebeldes y fantasmas que antes han sido alternativas al eterno permanecer de la gerontocracia envenenadora, a la que muchos han concedido patente de curso sobre todo sentimiento y sobre toda posibilidad de

negar. Lo inconfesable es ese mismo silencio al que estábamos obligados antes de la entrada. El peaje de odio y de niebla que casi todos hemos debido pagar por el simple hecho de existir. El alejamiento de nuestra propia esperanza de cambio para algún día, algún año, algún siglo venidero.

La furia del dios, aún en ese último instante antes del acabamiento, arranca su máscara, muestra su verdadero rostro, que es nuestro rostro deformado por el espejo siempre cambiante del ser impuesto. Es el aliento del "gran desprecio", del horror que en vano desea esconderse ante el resplandor de nuestro futuro despertar. Sea así ella, por tanto, en su fracaso y para siempre, lo que se revela en el mensaje de un universo venidero: *summa scientia nihil scire*.